

TODO POR HACER

... Monográfico sobre las elecciones generales del 20 N ...

MADRID ... NOVIEMBRE 2011

...El espectáculo debe continuar: Reflexiones acerca de las elecciones del 20 de noviembre y más allá...

"Se acercan las elecciones. La paz universal es declarada y los zorros muestran un interés sincero por prolongar la vida de las gallinas"

George Eliot.



nos parece igualmente innegable que más y más personas están sintiendo un profundo descontento no sólo con el estado actual de las cosas, sino también con las formas que ha adquirido la política institucional que riges sus vidas. Creemos firmemente que existe otra manera de relacionarnos en sociedad y de gestionar lo común; alternativas que esbozaremos al final de este texto, tras haber dado nuestra visión de lo que representan hoy las elecciones generales y tras analizar lo que a nuestro entender constituyen falsas alternativas al status quo.

Miedo y asco en el colegio electoral

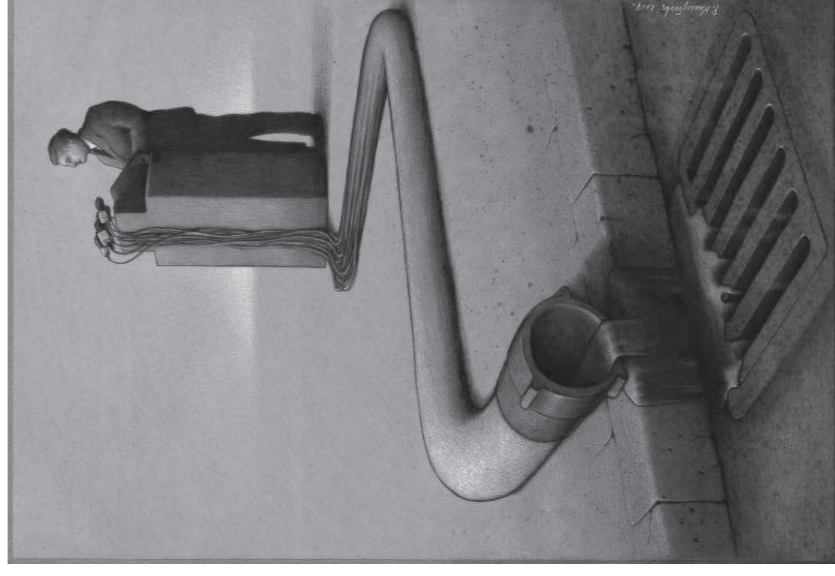
"Cuando los políticos comienzan a describir el color del viento es que se están aproximando las elecciones."

Robert Lembke

En época de elecciones los/as políticos/as pelean por la atención del/la ciudadano/a porque le necesitan en calidad de votante. Introduciendo nuestra papeleta en la urna renovamos la ficción del pacto social. Si bien la política que se haga en los cuatro años siguientes se llevará a cabo sin tener en cuenta a la inmensa mayoría de la sociedad, sobre sus cabezas y en contra de sus intereses, el momento de las elecciones generales y su repetición periódica es esencial para dotar de legitimidad al sistema representativo. El día de las elecciones –sólo ese día– el pueblo es realmente soberano. Ante esta situación nosotros/as tenemos muy claro qué hacer con esta soberanía: negarnos, así de claro, a seguir sustentando un sistema que necesita nuestra participación simbólica.

Llamamos a la abstención no porque consideremos que el reparto de escaños es injusto (esto es una evidencia), ni porque el Congreso sirve de pantalla de humo que esconde las verdaderas fuentes de poder en nuestra sociedad (que también), ni porque no nos creemos los programas electorales, que incluyen infinidad de promesas pero que poco tienen que ver con las políticas que sufrimos en los cuatro años siguientes (otra evidencia). Todo esto son factores que cabrean a mucha gente, pero son síntomas, no la raíz de la cuestión. Nos abstengamos porque les negamos nuestra participación, y esto principalmente porque creemos en otra forma de hacer política. Si defendemos otra forma de hacer las cosas, asumamos las consecuencias y no nos contentemos con hacer de espectadores/as que cada cuatro años se convierten en árbitros con el poder de expulsar a uno/a de los protagonistas para poner a otro/a. Rechazamos ese rol, que supone entrar en un juego cuyas reglas vienen dictadas por otros/as. Aspiramos a expulsarlos/as a todos/as, derribar las porterías, cambiar las reglas y el terreno de juego.

El problema no es la mala gestión que hacen los/as políticos/as, el problema radica en el concepto mismo de la representación. A través del voto a unos/as representantes (que rara vez representarán nuestros intereses) alimentamos al sistema parlamentario a la vez que delegamos nuestra actividad política en una serie de tecnócratas de partido. Nuestra participación se reduce a acudir a las urnas cada cuatro años no ya para tomar decisiones acerca de asuntos que nos afectan, sino para elegir a quienes decidirán por nosotros/as; para elegir entre una aparente variedad de siglas, todas ellas agrupadas de manera más o menos reconocida bajo el marco del capitalismo y del respeto a sus reglas de juego. Se trata de una



relación absolutamente unidireccional: desde las instituciones no se volverá a pedir la participación de la sociedad hasta la siguiente cita electoral. Los intereses que dicen representar los/as políticos/as difícilmente coincidirán con los nuestros y las decisiones adoptadas poco tendrán que ver con la palabrería hueca de los programas electorales.

Llega noviembre y llegan las elecciones generales: nuevamente nos piden elegir quién elegirá por nosotros/as durante los próximos cuatro años (o algún año menos, dependiendo de lo desastrosa que resulte la gestión empeñada por los/as políticos/as escogidos/as). Llega la campaña electoral y con ella el rancio y cínico espectáculo montado por los partidos políticos: se tiñen de azul, rojo y rosa las calles, los buzones, los televisores y las ondas. Los partidos despliegan su poderoso aparato publicitario durante los quince días que oficialmente dura la campaña, que no deja de representar una mera intensificación del bombardeo mediático que se produce los trescientos sesenta y cinco del año. El discurso de los partidos se vuelve más explícito –está omnipresente– a la par que se torna amable: es la hora de mítines multitudinarios y de besar bebés. Es la hora de las promesas, de la renovación y de la unidad tras una gran causa; discursos que se vuelven a encerrar en el baúl de los recuerdos en cuanto finalice el recuento de papeletas y volverá a adquirir protagonismo –no cabe duda– el discurso de la austeridad, de los recortes necesarios y del esfuerzo que todos/as tenemos que realizar.

Se nos dirá que es el momento de que pensemos en el futuro yelijamos cómo queremos que éste sea, se nos dirá que nosotros/as podemos, que somos una gran nación... se nos dirán demasiadas cosas, pero pocas serán ciertas. Quince días en los que todo parece posible: fue bonito mientras duró...

En estas páginas trataremos de plasmar la visión que desde el periódico *Todo por Hacer* (publicación –lo declaramos abiertamente– anarquista) tenemos del sistema político representativo en general y de las elecciones a las Cortes Generales en particular. Si bien este texto hoy en día no puede constituir más que una pataleta,

Bailando con lobos: hablan los/as demócratas...

“Los procedimientos para fabricar los problemas que apasionan a la opinión y a la voluntad popular acerca de estos problemas son similares exactamente a los que se emplean en la propaganda comercial. En ellos encontramos los mismos esfuerzos por llegar a un contacto con lo subconsciente. Encontramos la misma técnica de crear asociaciones favorables y desfavorables, que son más eficaces cuanto menos racionales sean. Encontramos las mismas evasivas y retenciones y el mismo ardor para crear un convencimiento a fuerza de afirmaciones reiteradas, que tienen éxito precisamente en la medida en que evitan la argumentación racional, que amenazarían despertar las facultades críticas del pueblo.”

“El método democrático es aquel sistema institucional, para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo. [...] Con arreglo al criterio que hemos adoptado, la democracia no significa ni puede significar que el pueblo gobierna efectivamente, en ninguno de los sentidos evidentes de las expresiones “pueblo” y “gobernar”. La democracia significa tan sólo que el pueblo tiene la oportunidad de aceptar o rechazar los hombres que han de gobernarle [...] La democracia es el gobierno del político.”

Joseph Schumpeter (extractos de *Capitalismo, socialismo y democracia*)

Rechazamos esta forma de “participación”. Como seres racionales, y hartos/as, como tanta gente, de esta manera de hacer política, decidimos conscientemente ignorar sus convocatorias y tratar de recuperar nuestra propia capacidad de decisión y organización en el día a día, con nuestros/as compañeros/as y vecinos/as, en un plano de igualdad, humildemente y paso a paso. En los últimos meses en el hostil terreno de la macrociudad que habitamos se han visto innumerables ejemplos de la capacidad autoorganizativa, de la creatividad y de las múltiples formas de intervención que tenemos cuando nos juntamos para decidir y actuar en nuestro entorno. Autoformación a través de charlas, conferencias y universidades populares, la creación de estructuras de apoyo mutuo, tomas de espacios abandonados, denuncia social y resistencia a sus políticas, sus desalojos, sus redadas... Tomando conciencia de nuestras posibilidades se puede avanzar aquí y ahora, construir un entorno más de acorde con nuestras necesidades y nuestras aspiraciones: nadie como nosotros/as mismos/as para defender nuestros intereses. Si creemos en esta posibilidad rechazamos perpetuar aquello que no nos conviene: “si tenemos asambleas, ¿gobierno para qué?”

El gran golpe: la democracia parlamentaria como sistema de dominación

“Toda elección es una especie de subasta adelantada de bienes robados.”

Henry Louis Mencken



La participación política entendida en su sentido más tradicional: no sólo voto, sino activismo político, participación en la toma de decisiones, etc. desde hace años ha experimentado una profunda caída en sus términos más generales. Este desinterés, especialmente extendido entre la población más joven, estaría en la base de la despolitización de la vida social, del tiempo de indiferencia en el que vivimos.

La democracia parlamentaria tuvo desde sus inicios una concepción del ejercicio político excesivamente institucionalista, sacando la actividad política de la calle, profesionalizándola y llevándola a sus grandes edificios exclusivos. Se partió de una visión de arriba abajo que centró exclusivamente las formas de participación en los partidos y las elecciones. El delegacionismo es, pues, consecuencia de una política alejada, en el fondo y en las formas, de las preocupaciones cotidianas, de aquellas que nos atañen a nosotros/as y a las personas con las que nos cruzamos en el metro o esperamos al verde del semáforo.

Pero, a pesar de que nos hayan educado en este delegacionismo (representación de estudiantes, delegados/as de curso, consejo escolar, presidentes/as de la comunidad de vecinos/as, representación de trabajadores/as...) haciéndonos creer esta metodología de participación como la única viable e inevitable, ésta no es

más que es una práctica política muy bien pensada que responde a unos orígenes e intereses. El delegacionismo -votamos y nos desentendemos, muchas veces irresponsablemente- al que se ve reducida la democracia tiene mucho que ver con el estilo de vida que impone la sociedad capitalista en la que estamos inmersos, basada principalmente en una individualización de los sujetos y eliminación de todo tejido social debido a la fragmentación/especialización del mercado laboral. Todo esto unido a la esclavitud laboral que sufrimos y que sólo nos deja tiempo para pensar en facturas e hipotecas, refuerza la idea de la individualización/atomización y con ella, la aceptación de la imposibilidad o impotencia, llevándonos a un inevitable delegacionismo y títriteo político.

Hemos perdido el espacio de la política como campo donde se deciden los asuntos que atañen a la comunidad, hemos perdido la política como espacio común. Lo común no se opone a lo propio, sino a lo privado. Lo común es lo que me pertenece como propio pero no en exclusiva, y por ello no están “privados/as” los/as demás de tenerlo también como propio. El neoliberalismo imperante en los últimos años nos hizo pensar en términos de individualismo posesivo. Privatizamos todo. Perdimos el sentido de lo colectivo y de lo común, y como consecuencia privatizamos también la política. Los partidos se profesionalizan transformándose en auténticas industrias políticas y se va consolidando una desgraciada casta de profesionales, cada vez más alejados/as de la sociedad de a pie y de sus problemas, los cuales no representan necesariamente a las personas particulares que les votaron sino fundamentalmente a las empresas e instituciones que sostienen financiera o publicitariamente su campaña política y la gestión de gobierno. La política devino en una “profesión” (en la que se hace “carreira”) al servicio de intereses particulares y de la propia salvación económica. El gobierno se transformó cada vez más en la implementación de estrategias para ganar las siguientes elecciones y seguir en el poder. Nadie pensó en lo común. Desde hace muchos años rige el sálvese quien pueda y como pueda.

De esta profesionalización de la política surgieron dos grupos: los/as ambiciosos/as vendedores/as de promesas que halagan los oídos de los/as votantes/as – compradores/as- pasivos/as. Estos dos grupos se relacionan entre sí mediante una lógica capitalista, de mercado, en la que los/as representantes no se dirigen a los/as votantes como personas racionales, que piensan sobre sus necesidades y las posibles maneras de paliarlas, sino como simples consumidores/as a los/as que vender su producto. La persuasión sustituye a la deliberación, que sólo se podría dar en el plano horizontal, entre iguales. El “debate” político que llega a los/as votantes se encuentra plagado de simplificaciones, maniqueísmo y hace gala de una falsa pluralidad. La libertad de elección es la misma libertad que tenemos ante un estante de supermercado: ¡elige producto, pero pasa por caja!

La trama: ¿Igualdad política sin igualdad económica?

“¿Qué noble la Ley, en su majestuosa igualdad que prohíbe tanto a los ricos como a los pobres dormir debajo de los puentes, mendigar en las calles o robar pan!”
Anatole France

Estos últimos meses hemos experimentado cómo mucha gente hemos vuelto a pensar en colectivo y a preocuparnos por la política (entendida cómo el arte de solucionar los problemas colectivos, no cómo el circo mediático de los políticos) y lo hemos hecho de la única forma que sabemos hacerlo los/as de abajo: de forma horizontal y asamblearia, desconfiando de los/as profesionales de la política. Sin embargo, mezclada con esta sana corriente asamblearia surgen discursos orientados a la reforma/mejora de la democracia (ley electoral, referéndums, listas abiertas, etc.).

La mayoría de las veces se da cobertura a estas ideas por una falta de análisis de la realidad, en otros casos se trata de simple oportunismo electoral por parte de aspirantes a político/a. Pero si queremos trabajar por un cambio social serio que mejore realmente nuestras condiciones de vida debemos ser especialmente críticos/as con nuestras propuestas y analizar si éstas están basadas en reformas que enmascaran y perpetúan el sistema vigente o si por el contrario atacan a la raíz de nuestros problemas.

Que el sistema democrático actual es más que deficiente es un hecho incuestionable pero la verdadera pregunta es si existe la posibilidad de un sistema político justo bajo un sistema económico injusto, asesino y ecocida cómo el capitalismo. Nuestra respuesta es que no, que bajo cualquier tipo de sistema político, mientras exista el capitalismo no seremos dueños/as de nuestras vidas.

La democracia en la que vivimos lleva desde su nacimiento grabada en sus genes el capitalismo. La Revolución Francesa (acontecimiento que la historia oficial presenta como la salida de una etapa histórica –el Antiguo Régimen– al brillante y justo mundo moderno, en el que la nación en su totalidad toma protagonismo y ejerce la soberanía) fue en realidad la pugna por el poder entre dos clases: (1) la dominante, la feudal, contra la nueva clase social, (2) la incipiente burguesía que ya se había hecho con el poder económico y perseguía el control político.

En España la democracia moderna (obviando las breves experiencias republicanas) llegó con la Transición (otra supuesta victoria para todos/as), momento en que la clase empresarial se deshizo de un régimen político (el franquismo) que le fue muy útil para aplastar a la poderosa clase obrera de principios de siglo pero que ya no era

útil y le impedia integrarse en las estructuras capitalistas internacionales como la UE y la OTAN. Esta integración era absolutamente indispensable a partir de los años 1970, durante los cuales el capitalismo global empezó a dar su última gran vuelta de tuerca que iba a introducir la realidad globalizada que hoy padecemos.

Desde la llegada del binomio democracia-capitalismo las condiciones laborales y de vida, los lazos sociales, la solidaridad entre iguales y las organizaciones obreras no han hecho más que degenerarse, puesto que, al reducir la idea de “política” al idealizado y absurdo acto del voto, el interés por la misma desapareció.



Últimamente se ha hecho aún más obvio que la política en democracia es un espectáculo más, igual que el fútbol o la prensa del corazón y que quien toma las decisiones está por encima de los/as “representantes” de la ciudadanía: “El 20 de noviembre, ahorrate intermediarios, vota Botín” rezaba sarcásticamente un cartel en las últimas convocatorias del movimiento 15M.

Como venimos observando, a la hora de encontrar “salidas” a la crisis, el capitalismo (o “los mercados”, como dicen los/as que tienen miedo de llamar a las cosas por su nombre) tiene herramientas de sobra para manejar gobiernos a su voluntad: lobbies, organizaciones internacionales/supranacionales (FMI, BM, OMC, Banco Central Europeo), medios de comunicación, inversión extranjera, etc.

La fortaleza del capitalismo, que cuenta tan sólo con unos pocos siglos de antigüedad, ha consistido siempre en su flexibilidad o capacidad para adaptarse a distintos escenarios: dictadura, democracia o autarquía. Tras la Segunda Guerra Mundial nuestros/as abuelos/as sucumbieron a los cantos de sirena del Estado del bienestar. Ahora que somos mucho más débiles, precisamente porque nos han hecho perder gran parte de nuestro sentimiento de comunidad, de fuerza, cometeremos el mismo error si nos conformamos con cambiar de collar.

No podemos pensar en las elecciones o la reforma de la democracia como una forma de luchar contra el capital, ya que el aparato estatal ha sido en todas sus formas (feudal, dictatorial, soviética, democrática) la herramienta de los/as poderosos/as para mantener sus privilegios. Cada vez que una lucha se desvía por caminos electoralistas pierde toda su fuerza. Por ejemplo, el antimilitarismo en luchas como el movimiento contra la guerra de Irak quedó en nada cuando el PSOE aprovechó para sacar un puñado de votos. Prueba de ello es que ahora no se dan esas movilizaciones contra la guerra de Afganistán o Libia, ejemplificando la capacidad del actual sistema político de absorber aquellas propuestas que en mayor o en menor medida forman parte de su lógica, con el objetivo de sofocar las luchas y desviarlas hacia cauces institucionales, tornando nuestras reivindicaciones en concesiones y no en triunfos colectivos.

.....

...Por un puñado de dólares: los grandes partidos sólo hacen lo que los pequeños aún no pueden hacer...

“Quien es causa del poder de otro, lo es de su propia ruina”
Nicolás Maquiavelo

Un nuevo concepto de voto útil está adquiriendo cierta resonancia mediática de cara a las próximas elecciones generales del 20 de noviembre. Desde ciertos medios y círculos progresistas ya no se reclama el voto para evitar que la derecha ascienda al poder, sino que ahora, el objetivo es distinto, hay que evitar que el voto vaya a parar a alguno de los dos grandes partidos. Hay que romper con el bipartidismo. Además, en el actual contexto de crisis económica y de recortes sociales, las fuerzas políticas minoritarias tratan de presentarse como una alternativa viable.

Esta situación, en parte, se debe al desengaño del habitual o potencial electorado de un muy desacreditado Partido Socialista, pero también a la falta de un análisis crítico de la figura del Estado y de sus instituciones, por parte de la sociedad y, en particular, por parte del movimiento popular conocido como 15-M. Los/as responsables de estas páginas creemos que los debates, decisiones y acciones de las asambleas del 15-M tendrán un papel relevante en estas elecciones y por ello, consideramos oportuno entrar a valorar esta cuestión.

Al no haberse desarrollado en el seno del movimiento una profunda crítica al aparato estatal que cuestionara su papel y su razón de ser, discursos cargados de complicidad y confianza con el Estado han adquirido cierto protagonismo. Cunde el recelo con la clase política pero no con sus instituciones, es decir, se responsabiliza a aquellas personas que ocupan los cargos de poder, o como mucho, a cierta legislación desfasada, pero no se llega a cuestionar el poder mismo. Todos/as compartimos que estamos siendo gobernados/as por una banda de sinvergüenzas mentirosos/as y charlatanes/as, pero lo que argumentamos desde aquí es que su reemplazo por personas de otra pasta no romperá con la lógica imperante. Las críticas y los debates se encuentran perdidos en la superficie del problema, es difícil poder escuchar discursos que vayan más allá y pongan en cuestión la necesidad de ser gobernados/as por otros/as que no seamos nosotros/as mismos/as junto a nuestros/as iguales. El Estado no somos todos/as, ni mucho menos, sus instituciones tan sólo son una herramienta para salvaguardar sus intereses y mantener sus privilegios. Por ello, es necesario perder la confianza en el discurso estatista y comenzar a pensar en las estructuras organizativas donde nosotros/as seamos los/as auténticos/as protagonistas.

Apelar al voto útil es caer en la máxima pan para hoy y hambre para mañana. O, dicho de otra forma, sería estúpido negar que la ascensión al poder de una fuerza política alternativa a los dos grandes partidos podría traer ciertas mejoras en nuestras precarias condiciones de vida, pero siempre a un precio muy alto. La participación en el proceso electoral implica la renuncia a ser protagonistas en la toma de decisiones que afectan a nuestras vidas, implica la legitimación de una estructura que nos ha robado la capacidad de participar en los asuntos públicos y colectivos para otorgársela a una serie de profesionales. Ninguna de las medidas que puedan llegar a aprobar y que, por ejemplo, impliquen una mejora de nuestras condiciones laborales o sociales, justificará el participar en esta farsa.

Dentro del panorama español, la coalición política Izquierda Unida (IU) aspira a sacar rédito del descontento generalizado mediante una campaña decorada con mensajes de tinte populista (no hay más que comprobar cómo ahora los altos cargos del partido claman contra los/as banqueros/as o contra lo que haga falta cuando tienen un micrófono delante), y con constantes guiños al Movimiento 15-M, ya son varias las personas que han participado en las asambleas y ahora encabezan sus listas electorales (desgraciadamente, los/as trepas nunca serán una especie en extinción). Pero, aunque se presenten como la alternativa, son más de lo mismo, pues al reconocer y aceptar la realidad constitucional vigente, con todo lo que ello conlleva (un sistema de economía capitalista, un Estado militar y policial, una democracia parlamentaria, etc.), sus acciones políticas nunca podrán implicar cambios sustanciales.

Junto a IU, un conglomerado de fuerzas políticas se arrastran por un puñado de votos, desde nuevas formaciones (Equo, UPyD, etc.) con viejos discursos que aspiran a su parcela de poder, hasta la compleja sopa de letras que constituyen los múltiples partidos leninistas (Izquierda Anticapitalista, PCPE, etc.) y su irrisoria lucha por proclamarse como el auténtico partido de la clase trabajadora. Pasando por unas cuantas agrupaciones que se diferencian del resto de partidos socialdemócratas en su carácter nacionalista.

Pero nos da igual quién se presente porque sabemos que sólo nosotros/as seremos capaces de crear un escenario propicio para el desarrollo de nuestros intereses, que nunca delegando nuestra participación pública en un grupo de desinteresados/as políticos/as avanzaremos en la construcción de una sociedad regida por otros parámetros.

Otras opciones que se barajan como forma de protesta son el voto en blanco o el voto nulo. Aunque un alto porcentaje de votos de cualquiera de las dos opciones podría convertirse en un acto de gran carga simbólica, el hecho en sí de votar implica cierta complicidad con el sistema. El voto en sus múltiples opciones es el sostén de esta forma encubierta de dictadura, por lo que tan sólo a través de la abstención, a través de negarse a considerar que una papeleta cada cuatro años es una forma de involucrarse políticamente, podremos realmente mostrarles nuestra disconformidad. Además, el número de votos blancos o nulos pasa a engrosar las cifras de participación, dato que siempre suele ser utilizados por la clase política para jactarse del compromiso de la ciudadanía con las instituciones democráticas. El no dárles ese gusto es otro buen motivo para no ir a votar.

Para finalizar, tan sólo nos gustaría reivindicar la abstención como decisión política consciente, como acto de insumisión contra un sistema en el que los/as que mandan buscan su legitimación cada cuatro años. No votamos, no porque seamos víctimas de la pasividad y el conformismo, sino porque optamos por una forma de organizarnos donde seamos nosotros/as quienes, de igual a igual, participemos de forma activa y consciente en la toma de decisiones, y sabemos que esto la democracia parlamentaria nunca nos lo podrá ofrecer.

.....
...Bloody Sunday: como cada cuatro años.....

“Si se trata verdaderamente del bien de todos, si verdaderamente administran las cosas quiere decir en interés de los administradores, ¿quién mejor puede hacerlo que los mismos productores y consumidores de estas cosas?”

Errico Malatesta

Las elecciones, esa “herramienta de participación en el proceso democrático”, ya están aquí. En esta ocasión son elecciones generales, nos toca elegir presidente/a, ahí es nada. Durante estos días nos invadirá la propaganda de los más diversos partidos políticos, en la calle, en el trabajo, en casa, sea donde sea allí estarán con sus promesas, sus argumentos de peso, sus sesudos análisis de la coyuntura económica y sus recetas pseudomilagrosas; todo para que les votemos, para que les demos un cheque en blanco para los próximos cuatro años. Y ahí estamos, en medio de este vendaval publicitario en el que nosotros/as somos meros votos potenciales, meras herramientas para llegar al poder. El debate sobre qué hacer está servido.

Nuestra opción la dejamos clara: la abstención es nuestra respuesta frente a la convocatoria de elecciones, no vamos a participar en el circo que se nos viene encima. Ante esta postura, ante la negativa de votar, surgen críticas, unas más razonables que otras: que el no voto de la clase obrera significa permitir que la derecha más conservadora acceda al poder, que esto empeorará las cosas, se iniciará una persecución contra inmigrantes, se privatizarán la enseñanza y la sanidad, se perderán derechos laborales, hasta pondrán crucifijos en el metro, y un sinfín más de realidades que sin dejar de ser importantes y seguro ciertas, no difieren en exceso con la realidad que actualmente vivimos. Otras voces, a nuestro parecer menos oportunas, afirman que quien no vota no se posiciona, que poco le importa el panorama político, que el no votar, el no emplear el método de participación política por excelencia, supone perder el derecho a la réplica, a quejarse, a manifestar el descontento. Negamos estas afirmaciones, nosotros/as no entendemos la acción política como un derecho, sino como una necesidad. Los derechos van y vienen, se conceden y se rescinden, pero las necesidades nos son propias y sobre todo permanentes, por lo que no nos remitiremos a expresarlas sólo una vez cada cuatro años. Por ello afirmamos que sin lugar a dudas nos interesa el panorama político, nos posicionamos como sujetos activos en su constante devenir, pues es de este panorama del que emanan la mayor parte de los problemas de nuestras vidas cotidianas, enténdase paro, privatización, exclusión social, represión y es en el día a día cuando, desde la reflexión y la acción colectiva, pretendemos decidir, participar, incidir, cambiar, crear...

La abstención a su vez la entendemos como una herramienta de expresión de un descontento hacia la clase política y hacia sus privilegios, hacia su labor de marionetas de un poder que se alza incluso por encima de ellos/as mismos/as, pero del que sacan partido, convirtiéndose en verdugos de su pueblo. Tratamos de negar de esta forma un modo de hacer política que no es real, en donde se dejan al margen de nosotros/as mismos/as nuestras decisiones más cotidianas. No queremos permitir que la acción política continúe lejos de nosotros/as, que se pervierta, que nuestra capacidad de influencia quede relegada y condicionada a unas estructuras de poder con las que nunca rascaremos bola. No vamos a elegir entre programas electorales generales, entre el todo o nada, y menos aún vamos a confiar en la supuesta diversidad de opciones. Nuestro día a día seguirá sin pertenecernos gane el partido que gane, nuestra rutina de trabajo-consumo-trabajo seguirá inalterable.

Acompañamos este acto de insubmisión, con un interés por participar de la toma de decisiones de los aspectos cotidianos de nuestras vidas, queremos ser nosotros/as quienes las gestionemos y no relegar en otros/as esa responsabilidad, independientemente de las siglas que abracen o la ideología que les ampare. No deseamos ser gobernados/as, ni por unos/as ni por otros/as.

Obviamente no tenemos la ingenuidad de pensar que el porcentaje total de abstención se corresponde con personas que piensan como nosotros/as. Aún así no deja de ser significativa esta tasa, pues es el reflejo del descontento, de la desidia que genera en las personas el levantarse un domingo para acudir al colegio electoral, elegir la papeleta, entregarla con nuestro DNI y contemplar, desde casa, durante cuatro años el transcurso de las cosas, observar desde la tele o la prensa los problemas, los males y, de vez en cuando las alegrías, sin ser participe realmente de ellas. En resumidas cuentas nos negamos a ser meros/as espectadores/as.

Igualmente sabemos que la abstención no es ninguna fórmula mágica, que nada arregla como tal y que no se va a conseguir derrumbar el sistema con un acto tan simple, pero es nuestra opción política ante las elecciones: elegimos una respuesta colectiva de no participación en su pantomima y desde luego animamos a que más personas se sumen a ella. Claro está que al poder poco le importa que no vayamos a votar, más nos debe importar a nosotros/as, a nuestras conciencias: no queremos asumir una contradicción más de las que este sistema nos presenta. Negamos su forma de hacer política, pero somos realistas, la abstención solo es un paso más (ni el primero ni el último, y mucho menos el más importante) de una larga lucha por recuperar nuestras vidas. Es por ello que sólo entendemos

todooporhacer@riseup.net

la abstención si va acompañada de una lucha cotidiana, de un trabajo diario por intentar influir y cambiar las relaciones sociales que nos acompañan, una lucha que puede darse en muy diversos frentes, ninguno más importante que el resto, pero que es imprescindible si queremos cambiar algo.

Lo que el voto se llevó: nuestra política frente a sus elecciones

“¿No sería más fácil que el gobierno disueltos al pueblo y elija otro?”
Bertolt Brecht

El ritmo frenético de nuestras vidas nos ha alejado de los demás: ahora no sólo no conocemos a nuestros/as vecinos/as sino que es posible que antes de despertarnos simpatía nos den miedo. Igualmente nuestros/as compañeros/as de trabajo son seres a superar, con los que competir y no personas en las que apoyarnos para mejorar. Esta ruptura entre las personas, este aislamiento, potenciado por los sucesos que salpican a diario los medios de comunicación, es enemiga de nuestra vida.

Normalmente estamos rodeados/as de personas y, si nos arriesgásemos a conocerlas un poco mejor, descubriríamos que tienen inquietudes y problemas, muchas veces parecidos a los nuestros: un trabajo que les acapara y explota, una familia a la que no dedican el tiempo que les gustaría, poca diversidad en los momentos de ocio... Estas problemáticas comunes pueden traducirse en un mismo frente de lucha.

Ante toda esta realidad no nos queremos quedar sólo en la abstención, en la pataleta de un día y la queja de los siguientes cuatro años. Así las cosas no cambian y nuestra mala hostia crece pero no la sacamos; nada productivo sale de ahí. Una vez que empezamos a entrever el problema hay que buscar las soluciones, hay que caminar en la senda de la construcción de la realidad que nos gustaría vivir. Si tenemos claro lo que sus elecciones y su democracia no nos dan, tendremos que tomarlo nosotros/as, tendremos que empezar por poner en práctica aquello que sus charlatanes/as obvian: las cosas concretas, el diálogo, el trabajo colectivo, las relaciones humanas reales, el cara a cara. Nuestros problemas y los de nuestros/as vecinos/as no son tan diferentes: saltemos ese obstáculo mental que nos hemos forjado desde pequeños/as y volvamos a confiar en las relaciones humanas, en el semejante, tratemos de volver a recuperar lo comunitario, lo convivencial.

Vemos imprescindible, por tanto, avanzar en nuestra la organización en común, en generar espacios de debate, de reflexión, de intercambio de opiniones, ideas y experiencias. Utilizar la asamblea y la afinidad como motores de lucha y de crecimiento colectivo, los problemas son miles y las posibilidades de afrontarlos en común inmensas. Potenciar espacios donde poder relacionarnos, donde poder crear formas de comunicación y acción realmente nuestras, alejadas de su representatividad, de sus mayorías y minorías, de sus cuotas de poder o de la servidumbre a intereses alejados de nosotros/as. Si algo queremos cambiar, tenemos que mojarnos y hacerlo nosotros/as mismos/as, entre todos/as, pero a través de nuestra iniciativa.

Autoorganización y lucha, dos conceptos que no tienen que sonarnos a pajas mentales ni a lejanas utopías, son prácticas que se generan en el día a día, que siempre han estado ahí. Nuestro pasado y nuestro presente están plagados de estos pequeños o grandes gestos subversivos. Ahora se ven con las asambleas en las plazas de nuestros barrios, con discusiones y debates entre vecinos/as, con comidas populares o con nocturnas marchas por la ciudad; pero hace años (no muchos) surgieron de la mano de localizados conflictos vecinales, por simples parkings o constantes abusos policiales, y hace algunos años más, posibilitaron grandes huelgas en pro de afianzar y avanzar en nuestras libertades. Nosotros/as entendemos estas prácticas como posibles (y aconsejables) a gran escala, para organizar toda nuestra vida, todas nuestras necesidades, pero claramente no estamos aun en ese punto, lejano todavía. Estamos a la defensiva, con un contexto socio-económico que nos avasalla, que nos gana terreno por todas partes (en materia laboral, educativa, sanitaria...), y es en este contexto en que estas prácticas las seguimos viendo como útiles, como una forma bastante pragmática de afrontar el presente, de afrontar recortes, despidos, desahucios y todo el sinfín de mierdas en las que estamos metidos/as. El debate, la discusión, la resolución colectiva de trabas, como método de afrontar unidos/as los problemas, de conseguir apoyarnos entre todos para que nadie caiga, para aprender a ganar y a no dar un paso atrás. Que nadie esté arriba ni nadie esté abajo, de tal forma que caminemos unidos/as.

¡Todo el poder para las asambleas!

¡La lucha es el único camino!



www.todooporhacer.org/elecciones